

El habla de los negros curros¹

Antonio Santos Morillo
Universidad de Sevilla
asmsev@hotmail.com

Resumen

Los llamados *negros curros*, afrodescendientes cubanos libres a los que tradicionalmente se ha considerado de origen andaluz, vivían en barrios suburbanos de La Habana a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Conformaban un grupo marginal conocido por sus actividades delictivas, su vestimenta, sus actitudes y su habla; peculiaridades que los hicieron atractivos para algunos creadores cubanos que los incluyeron como personajes en sus obras. El presente artículo trata de describir su lenguaje característico: una germanía como la que, en siglos anteriores, utilizaron los miembros del hampa peninsular, a la que se sumaban los rasgos propios del español cubano y vulgarismos debidos a su nula formación académica.

Palabras clave: español cubano, negros curros, germanía.

Abstract

The so-called *negros curros*, free African-descended Cubans traditionally considered to be of Andalusian origin, lived in the slum neighborhoods of Havana at the end of the 18th century and the beginning of the 19th. They were a marginal group known for their criminal activities, their dress, their attitudes, and their speech. These characteristics made them attractive to some Cuban authors, who included them as characters in their works. The present article intends to describe their characteristic language: an argot similar to the one used by members of the Peninsular underworld in earlier centuries. Along with this jargon were traits specific to Cuban Spanish and vulgarisms, result of their lack of formal education.

Keywords: Cuban Spanish, black *curros*, slang.

1. Los negros curros

El primer diccionario que registra la palabra *curro* con el significado de ‘majo, campechano, lindo, bonito, gracioso. || El majo que viste con elegancia con trage [sic] andaluz’ es el de Ramón Joaquín Domínguez (1846-1847). Esteban Pichardo, en su *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas* (1849), también relaciona la voz *curro* con Andalucía, pues, haciéndola derivar de *currutaco*, asegura que designa los movimientos afectados y la pronunciación andaluza, de tal modo que ha llegado a convertirse en sinónimo de *andaluz*. El *Diccionario enciclopédico de la lengua española* de Gaspar y Roig (1853) reproducirá las acepciones de Domínguez con una leve modificación en la segunda: ‘El que viste con elegancia el traje andaluz’. No ocurrirá lo mismo, sin embargo, en el caso del diccionario académico, obra que añadirá la acepción de ‘majo’ a partir de su edición de 1869, término este que la 23^a edición del mismo diccionario define así (4^a acepción): ‘En los siglos XVIII y XIX, persona de las clases populares de Madrid que, en su porte, acciones y vestidos afectaba libertad y guapeza’; la alusión a Andalucía, pues, no aparece nunca en este último lexicón.



El adjetivo *curros* se utilizó en La Habana para calificar a unos negros libres que vivían en los suburbios habaneros de El Manglar, Jesús María y Horcón, que conformaron un hampa que se desarrolló en la capital cubana desde finales del siglo XVIII hasta el primer tercio del XIX y que, aparte de su vestimenta y modales característicos, tenían un lenguaje propio, una germanía, que los emparentaba con los maleantes peninsulares de siglos pasados. Todas estas particularidades hicieron del negro curro un personaje atractivo para los creadores, quienes llegaron a convertirlo en un tipo recurrente en obras de teatro, artículos de costumbres y otras piezas literarias o musicales. Gracias a ellos, que recogieron en sus composiciones la manera de expresarse de los negros curros, hoy podemos analizarla desde el punto de vista lingüístico, aunque siempre con las debidas cautelas por no tratarse de transcripciones objetivas de un habla, sino de recreaciones subjetivas con fines artísticos.

El primer investigador que dedica un trabajo al estudio de este grupo social relacionándolo con Andalucía es el polígrafo cubano Fernando Ortiz en su obra titulada *Los negros curros* (1993 [1926, 1927, 1928]). Muy probablemente influido por la definición que Pichardo da del adjetivo en su vocabulario, llega a afirmar que “Esta raigambre andaluza parece indicarla el apelativo de *curros*” (1993: 6). Para reforzar la hipótesis andaluza de su ascendencia, Ortiz añade al argumento léxico-semántico del término, el de la forma de vestir, de comportarse y –lo que a nosotros interesa– de hablar. A él se debe, pues, la idea de que estos negros procedían de Andalucía o eran descendientes biológicos o culturales de negros andaluces, principalmente de Sevilla (1993: 14, 16). De hecho, junto con su ascendencia social, su indumentaria, su proceder y su manera de expresarse, Ortiz asegura que su condición de andaluces se suma a la de libres para singularizarlos frente a los esclavos, los bozales y los criollos blancos o negros (1993: 62). Es, sin embargo, una afirmación sin base objetiva que el teórico cubano deduce tal vez de las similitudes entre los curros y los pícaros sevillanos de tan extensa tradición literaria. A su convencimiento contribuiría la constatación de que muchos de los elementos de su vestimenta, así como su exhibicionismo, procedían de los gitanos y pícaros de la capital andaluza (1993: 49, 55, 57).

Esta misma idea de la vinculación entre curros y pícaros sevillanos la desarrolla José Teófilo Gorrín en su libro significativamente titulado *Los curros de Sevilla a La Habana* (2018). En él, a partir de suposiciones sin ningún rigor científico, trata de probar la teoría andaluza que Ortiz proponía para el origen de los negros curros. Dándolo por seguro, atribuye su presencia en La Habana a una infundada migración en grupo desde Sevilla provocada por la oportunidad laboral que suponía la existencia, desde principios del XVIII en la capital cubana, del astillero más importante de Hispanoamérica cuyos obreros eran principalmente negros: el Real Astillero-Arsenal. La decadencia de esta institución a finales del XVIII y principios del XIX provocaría el deterioro de las condiciones de vida de unos negros libres que anteriormente habían gozado de una posición bastante acomodada gracias a su trabajo en el astillero.

Gorrín (2018: 19-20, 27-28) aventura la idea de que se trató de una migración dirigida como las que se realizaron en el territorio peninsular durante el reinado de Carlos III (1759-1788). Una migración favorecida por el empuje económico de la colonia en aquel siglo y, sobre todo, por el hecho de que los negros y mulatos que la protagonizaron eran trabajadores de las Atarazanas de Sevilla.

Es muy poco probable, sin embargo, que se hubiera dado una emigración a Cuba de trabajadores sevillanos de las Atarazanas durante este periodo, ya que el astillero como tal no existía (dejó de construir barcos a finales del s. XV). Tampoco podían haber sido obreros de artillería, pues la Maestranza hispalense comenzó sus actividades como lugar de almacenamiento y reparación de armas, máquinas y municiones de guerra a comienzos del XVIII y fue prosperando a costa de la desaparición de otras maestranzas (las de Cádiz y Málaga a fines del XVIII, y las de Barcelona, Madrid, La Coruña, Cartagena y Tenerife en 1867). Podrían haber sido trabajadores de la Real Fábrica de Artillería, también situada en Sevilla, pero esta institución, que tuvo su origen en el s. XVI, se encontraba en pleno funcionamiento al comienzo del reinado de Carlos III y en proceso de modernización hasta 1773, por lo que sería extraño que se enviaran obreros a Cuba si eran necesarios en Sevilla. Ciudad que, por otra parte, desde 1680, había cedido su puesto a Cádiz como puerto único para el comercio con las Indias; de hecho, la misma Casa de la Contratación pasó de aquella a esta ciudad en 1717².

No es dato desdeñable para contrarrestar la idea de la procedencia andaluza de los negros curros el que nos ofrece Rosario Márquez (1993: 237-238): durante el s. XVIII y debido, sobre todo, al temor de la administración española a un mayor despoblamiento de la península, se limitó la concesión de licencias de emigración y, por tanto, el desplazamiento de personas al Nuevo Mundo disminuyó drásticamente; un descenso que se vio compensado por el crecimiento propio de la población criolla y el notable incremento de la trata negrera.

En el análisis que García-Abásolo (2002) hace de 537 registros de andaluces que fueron a Cuba durante los siglos XVI, XVII y XVIII extraídos del Archivo General de Indias, no recoge noticia alguna sobre negros libres que fueran a trabajar como peones en el Real Astillero-Arsenal de La Habana; sí son más de una treintena los criados³ de mercaderes, funcionarios o militares que, a lo largo de la segunda mitad del XVIII, embarcan en Sevilla –aunque pocos eran originarios de esta provincia– rumbo a Cuba para reunirse con sus señores, pero no consta que fueran negros libres ni que tuvieran relación con la artillería.

En conclusión, no hay noticias de una migración colectiva de negros sevillanos o andaluces a La Habana durante el siglo XVIII. No tenemos, pues, argumentos inapelables que prueben el origen andaluz de los negros curros habaneros. Sus rasgos andaluces no van más allá de aquellos que comparten con el resto de cubanos y que, concretamente en su habla, examino a continuación.

2. Rasgos del habla curra

Antes de empezar a enumerar y explicar las características del habla de estos negros cubanos, insisto en advertir que los testimonios de los que me valgo en este trabajo son exclusivamente literarios y, por tanto, adolecen de la subjetividad propia de sus creadores. No hay registros escritos objetivos ni mucho menos orales de cómo se expresaban los negros curros y el investigador se ve obligado a acudir a las fuentes literarias cuya intención era la de imitar o recrear esta forma peculiar de expresarse.

A diferencia del habla bozal que, debido a su existencia prolongada a lo largo de cinco siglos –desde el XV hasta el XX– y en diversos países dejó testimonios tanto en obras de creación como de erudición que han permitido su estudio a la dialectología y a la criollística modernas, el habla del negro curro solo se encuentra en textos cubanos del XIX y ha despertado escaso interés entre los investigadores.

El principal problema al que nos enfrentamos es el de dilucidar cuáles de los rasgos que reproduce el autor son auténticos –reflejan una realidad– y cuáles, fruto exclusivo de su invención. Al fin y al cabo, narradores, poetas, dramaturgos y letristas son creadores, no lingüistas, cuyo objetivo es artístico, no filológico: caracterizar al personaje por medio de la descripción de su vestimenta, sus actitudes, su pensamiento... y su lenguaje. En el caso que aquí me ocupa, consiguen esto último dejando que el curro se exprese por medio de intervenciones directas.

Manuel Seco (1983; 1993), al reflexionar sobre el lenguaje popular en las obras literarias en general y en la dramática de Arniches en particular, asegura que, a pesar de los convencionalismos, esa habla tiene una base real extraída de la observación directa de la realidad. Lo que persiguen los autores con su imitación lingüística es un realismo entendido como ilusión de verdad o verosimilitud. Se caracteriza al personaje con aquellos rasgos fonéticos, léxicos y fraseológicos que lo diferencian del común; de ahí que se acentúen sus peculiaridades. Sin embargo, si la intención es cómica, se puede caer en el tipismo gracias a la hipercharacterización. Un peligro en el que es muy probable caer en el caso del habla objeto de este trabajo, debido a que los textos que aquí analizo se compusieron entre 1848 y 1882, muchos años después de que los auténticos negros que la usaban desaparecieran, pues, según se ha dicho, vivieron entre finales del XVIII y el primer tercio del XIX. No obstante, y a pesar de la notable distancia temporal entre estos negros y los personajes que los representan, el estereotipo puede tener algo de verdad: la familiaridad con el propio idioma gracias a su continuo cultivo artístico permitía a los autores discriminar y utilizar en sus obras los fenómenos lingüísticos ajenos a la norma y distintivos de los tipos representados. No son, en fin, transcripciones de un lenguaje determinado: se trata de textos literarios que deforman y falsean por medio de la exageración y la simplificación el habla de los negros curros, que carecen de uniformidad total –se dan alternancias de formas correctas e incorrectas– y que son el resultado de un tópico heredado; pero sí pueden darnos pistas acerca de los rasgos lingüísticos que se le atribuían.

El habla curra era la germanía particular de un grupo muy localizado de negros cubanos hampescos por medio de la cual se comunicaban entre sí; una especie de criptolenguaje semejante al que otros delincuentes han utilizado a lo largo de la historia de nuestra lengua. Pero, además de un léxico específico, este lenguaje se caracterizaba por ciertas peculiaridades de pronunciación en las que confluían rasgos dialectales con otros vulgares. En el habla curra, por tanto, encontramos ejemplos de la variedad diatópica cubana, así como de la variedad diastrática vulgar y de la variedad diafásica jergal.

Los rasgos que aparecerán a continuación en cada nivel lingüístico están extraídos del primer capítulo de la parte IV de la novela de Cirilo Villaverde *Cecilia Valdés* (1882), de los artículos de costumbres de José Victoriano Betancourt *Los curros del Manglar* (1848) y de Carlos Noreña *Los negros curros* (1881), así como de los fragmentos de obras en

verso del nombrado Betancourt (*El negro José Rosario* –1848–) y de José Jesús de Ocio (*Algarabía poética* –1876–) que utiliza Fernando Ortiz en su ensayo *Los negros curros* (1993 [1926, 1927, 1928]). Para facilitar la lectura, abrevio el nombre de los autores en cuyas obras aparecen los rasgos curros del siguiente modo: CV (Cirilo Villaverde), Be (Victoriano Betancourt), Oc (José Jesús de Ocio) y No (Carlos Noreña).

2.1. Nivel fonético-fonológico

Aparte de la jerigonza, el plano lingüístico que mejor particulariza el habla de los negros curros es el fonético-fonológico: a los rasgos dialectales propios del español de Cuba, se suman los incluidos en la variedad diastrática vulgar y los que se presentan como privativos de su sociolecto, también incluidos en la variedad diastrática vulgar.

a) Dialectalismos cubanos

En este apartado, incluyo solo aquellas particularidades del dialecto del español de Cuba no estigmatizadas sociolingüísticamente; las que sí lo están y se hallan en los textos curros aparecen en el apartado siguiente referido a los vulgarismos generales.

Seseo

El seseo, modismo generalizado social y geográficamente en toda Hispanoamérica, es también característico de la variedad diatópica cubana. Así lo registran todos los creadores consultados cuando imitan el habla de los negros curros: *pansa, aseite, siudá* (CV); *veigiüensa, nasí, Seuta* (Be); *orisonal, sacrificio, transe* (Oc); *desidir, novesientos, esperansa* (No). Este hecho, sin embargo, puede hacer pensar que era una peculiaridad articuladora de aquellos negros curros cuando no es más que fruto del celo creativo por hacer una imitación lo más verosímil posible de su habla, a pesar de que, en algunas intervenciones, se deslicen formas como *nación, hace, conoce, oficio* (CV); *cáicel* (por *cárcel*), *oración* (Be); *desgracia* (Oc); *danzón* (No).

No obstante, ese afán de verosimilitud no se cumple en todos los casos: a pesar de ser un rasgo articulador general en la isla, Cirilo Villaverde apenas lo registra en las numerosas intervenciones de los negros bozales en su novela *Cecilia Valdés*; los ejemplos se limitan a siete: *serojo* (por *cerrojo*), *grasi* (por *gracias*), *siudá, duse* (por *dulce*), *será* (por *encerrada*), *cabesa* y *Sesil* (por *Cecilia*). Lo mismo sucede en el habla vulgar de personajes populares donde el único ejemplo de seseo es *frasá* (por *frazada*). Ello respondería a la intención del creador de recalcar en este personaje marginal hipercharacterizado lingüísticamente un modismo presente en todos los hablantes cubanos.

Yeísmo

Al igual que el anterior, este dialectalismo fonético que Frago (2010: 170-171) considera genuinamente criollo, paralelo al experimentado en el mediodía peninsular, es propio de la variedad diatópica cubana. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con el seseo, el único de los autores que lo incorpora como propio del habla de los negros curros es Cirilo Villaverde. A excepción del adverbio *allá* que aparece una sola vez, en las intervenciones del negro curro Malanga, Villaverde siempre escribe con *y* las palabras a las que les

correspondería *ll: crioyo, cuchiyó, boteya, yebé, cabayo...* Como ocurre con el seseo, no deja de ser extraño que, aun siendo generalizado el yeísmo en la población cubana, este novelista solo lo registre en las intervenciones de Malanga; nunca en las de los bozales o en las de los blancos de baja extracción social que sí caracteriza con otras variaciones de la norma estándar. El motivo puede ser el mismo que en el caso del seseo: la acumulación exagerada de prevaricaciones fonéticas como peculiaridad de esta habla en concreto⁴.

Debilitamiento de consonantes implosivas

En los escritos que nutren esta investigación, la tendencia cubana general al debilitamiento de las consonantes implosivas se manifiesta principalmente por medio de su desaparición, que es también la solución más común en la norma lingüística andaluza. No hay ejemplos de las otras posibilidades (la aspiración o la asimilación a la siguiente consonante) porque no estamos ante transcripciones técnicas objetivas de lingüistas, sino ante impresiones subjetivas de literatos.

La -l y la -r se debilitan en esta posición y pueden dar lugar a tres soluciones: la neutralización, la vocalización y la desaparición. En cuanto a este último fenómeno –estudio los dos primeros en los apartados dedicados a vulgarismos–, los textos imitativos del habla curra que he consultado presentan –aunque con recurrencia diversa– principalmente omisiones de -r. Únicamente José Jesús Ocio nos muestra cuatro ejemplos de pérdida de -l: *nivé, aqué, ca[s]cabé, e⁵*. En los textos de Betancourt, solo encuentro un caso de elisión: *señó*; en Noreña, tenemos cinco: *particulá, queré, desí, matá y sabé*. Ocio es el que más ejemplos recoge (quince) ya en final de palabra: *morí, tratá, po, i[r], való*; ya en final de sílaba: *pone[r]le, mue[r]te, sinve[r]güensa, de[s]pie[r]ta*.

Por su parte, Villaverde solo aporta dos ejemplos (*peidoná y mujé*) en el habla curra, lo que contrasta con los numerosos que sí pone en boca de los bozales, al final de palabra –sobre todo, en los infinitivos–: *mirá, gobernaó, siñó, mijó, salí, po*; o de sílaba interior: *divie[r]te, pue[r]ta, abie[r]ta, sume[r]cé*. No registra ningún caso de esta pérdida en las intervenciones de personajes populares.

Según López Morales (2018 [1966]: 149), la pérdida de estas consonantes en final absoluto solo se da en el habla muy vulgar y no es un fenómeno común en Cuba. Algo en lo que coincide Lipski (1994: 257) al destacar como propio de las clases bajas cubanas la omisión de -r.

La -s⁶. La desaparición de este sonido en el habla de los negros curros imitada por los autores estudiados se da, principalmente, cuando no es morfema de plural. Y, como en otros casos, su recurrencia es distinta en cada obra. El que más la presenta, tanto al final de palabra (once ejemplos) como en interior (veinte), es Ocio. Villaverde la destaca en el habla bozal donde recoge siete ejemplos en interior de palabra y otros siete en final, mientras que en el habla curra solo recoge cuatro en esta última posición (*má[s], dispué, pué y entonces*) y uno en el habla popular (*carabelí*). Betancourt presenta cuatro casos de pérdida de -s final de palabra (*Jesú, apena, capatá[z] y pue*) y otros cuatro en interior (*di[s]tinguía, e[s]toy, u[s]té y Cri[s]tiana*). Por último, Noreña registra un solo ejemplo al final de palabra (*va[s]*) y tres en interior (*a[s]pirante, e[s]toy y e[s]ta*).

La *-d*. Las pocas omisiones de la dental oclusiva sonora que aparecen en los textos analizados son siempre al final de palabra (apócope)⁷. Así, encontramos *uté* (Be) / *usté* (CV), *veidá* (Oc) / *verdá* (No) / *beldá* (CV), *siudá* y *paré* (CV). Villaverde también presenta *salú*, *siudá* y *sume[r]cé* en el habla bozal y *seguri[d]á* en la popular.

Por último, son escasos los ejemplos de elisión de otras consonantes implosivas: *Ne[p]tuno* (Oc)⁸, *vi[c]toria* (Oc), *fa[c]tible* (CV), *tambié[n]* (CV). Son más abundantes, sin embargo, en el habla bozal de la novela de Villaverde: *tambié[n]*, *bendició[n]*, *barracó[n]*, *Alarcó[n]*, *reló[j]*, *du[l]se*.

Betacismo

Aunque, según algunos lingüistas como Lapesa (1968 [1942]: 245), Lloyd (1993: 520) o Cano (2004: 829-831), la distinción entre los fonemas bilabial /b/ y labiodental /v/ se conservó en algunas zonas meridionales españolas como Sevilla hasta el s. XVII, es un hecho indiscutible que, en el XIX, la neutralización fonológica a favor de b era total en el mundo hispánico. ¿Por qué, entonces, Cirilo Villaverde⁹ presenta esta confusión –al igual que el yeísmo– como propia de los negros curros y en la intervención de Malanga escribe *birao*, *bino*, *baso*, *yebé* / *yebaré*, *beldá* (por *verdad*) y *tubo*? ¿Por qué –a excepción de la forma *tube* que pone en boca de un bozal– no caracteriza con esta neutralización también a los sociolectos de bozales y hablantes rústicos?

El hecho de que Villaverde presente el yeísmo y el betacismo como vulgarismos peculiares del habla de los negros curros y no como dialectalismos o rasgos del español general se debe a dos razones principales: en primer lugar y como ya se ha expuesto, el novelista cubano utiliza la acumulación de prevaricaciones fonéticas (o gráficas como en este caso) para hipercharacterizar dicha habla; en segundo lugar, su propia circunstancia laboral y vocacional explica su celo normativo. Villaverde, además de escritor, era traductor y fue docente de español como L2 en los EE.UU. y como L1 en Cuba. Estas ocupaciones lo obligaban a una reflexión sobre su lengua que, a su vez, le exigían una continua consulta de manuales de gramática, ortografía y ortología en aras del buen uso y la enseñanza del español correcto, de ahí que presentara como vulgarismos curros los que eran en realidad dialectalismos¹⁰.

En las obras sobre ortología, en el s. XIX todavía se recomendaba enseñar a los niños a pronunciar distintamente la b y la v¹¹. Por ejemplo, el colombiano José Manuel Marroquín, siguiendo a Andrés Bello –quien se inclinaba por hacer diferencia entre b y v (1859 [1835]: 17, parte I)–, en su *Tratados de ortología y ortografía de la lengua castellana*, asegura que “la b se pronuncia con los dos labios, y la v con los dientes superiores y el labio inferior”; a pesar de ello, es consciente de que “aunque el sonido de la b debe distinguirse de la v, generalmente se pronuncian estas dos letras de un mismo modo y se confunden a menudo en lo escrito” (1885 [1869]: 2, 24).

La respuesta a la segunda pregunta no puede ser otra que la de la simple elección del escritor: a pesar de ser consciente de que se trata de un “error” de pronunciación general, Villaverde se sirve de él como un rasgo distintivo más del habla de los negros curros.

b) Vulgarismos generales

Neutralización -r / -l implosivas

La neutralización de estas consonantes líquidas es otra de las consecuencias de su debilitamiento junto a su desaparición –ya analizada– y la vocalización –que se verá en el apartado c. A pesar de ser un modismo fonético que también registra sincrónica y diacrónicamente en el norte de España, el profesor Frago (2010: 153-159) considera que su mayor intensidad en las hablas meridionales de Andalucía y Canarias es la que explica que se extendiera por toda Hispanoamérica.

El único autor que caracteriza a su personaje curro con este rasgo fonético es Cirilo Villaverde con un resultado que coincide con la tendencia predominante y general en el Caribe hispánico: de los más de cuarenta ejemplos que podemos extraer de su novela, el 70 % son lateralizaciones (*sucedel, tabelna, amol, miral, mejol*) y el 30 % restante, rotacismos (*er, tar, argo, sarva, sortó*). Esta última solución es la que predomina en la variedad andaluza donde está estigmatizada como no culta. En contraste, son solo cinco casos de neutralización los que emiten los bozales en esta misma obra y, excepto uno (*sumelcé*), todos en sílabas trabadas: *crara, (es)cravo, tlabaja* y *branco*.

Según Esteban Pichardo, la lateralización era general en el occidente de la isla de Cuba –donde se sitúa la capital– en el s. XIX; sin embargo, López Morales (2018 [1966]: 145 y 1992: 104-105) asegura que tal fenómeno es esporádico en la Cuba del s. XX, no muy corriente en el habla vulgar y reducido a áreas rurales.

Pérdida de -d- intervocálica

Este sonido se pierde no solo en posición implosiva sino también explosiva. Todos los textos analizados presentan la omisión en el habla curra, predominantemente en los participios, pero no solo en ellos: *vía, vestío, toas, Calsaa, mostraol* (CV); *tendío, ahijao, comío, puee, venío* (Be); *sío, pescao, mojaa, quemao, condenao* (Oc); *lao, na(d)itica, marío, convensía, lavao* (No). Sin embargo, esta síncope no es exclusiva de los curros como lo demuestra su destacada abundancia en los textos donde Cirilo Villaverde imita las hablas bozal y popular. Como en el caso de la relajación anterior, aunque no se trate de un rasgo privativo de las hablas meridionales, su mayor incidencia en ellas explica, según Frago (2010: 151-153), su absoluta extensión por Hispanoamérica. Supone, además, una desviación de la norma culta cubana donde, según Bravo y Roperó (2002: 201), la -d- intervocálica se mantiene con bastante estabilidad.

Aspiración de h-

Al igual que en otras zonas hispanoamericanas y españolas, este arcaísmo fonético propio del habla popular persistía también en la curra como lo atestiguan los ejemplos que aparecen en los textos que estudio: *jerío, jilacha, ajumarse, jalarse, jierro, josiquito*. Esto prueba que, efectivamente, era un rasgo articulatorio general entre las clases populares y marginadas las aspiraciones de este tipo que Villaverde utiliza para caracterizar las hablas bozal (*juye, jarrean, jacé, jervir, jondo*) y vulgar (*jalan, ajorcan, jila, juya, bujío*).

Confusión de consonantes

La sustitución de unas consonantes por otras es un vulgarismo extendido por todos los sociolectos de bajo nivel en cualquier zona hispanohablante. Como no podía ser menos, también se registra en el habla de los negros curros, aunque, como en otras ocasiones, es Cirilo Villaverde el único que lo presenta tanto en el habla curra: *colmigo*, *desislo* (por *decirlo*), *mos* (por *nos*), *salinos* (por *salimos*)¹², *ñama*¹³ (por *llama*); como en la bozal: *dende* (arcaísmo usado como vulgarismo), *serojo* (por *cerrojo*), *mosotro* (por *nosotros*), *güena*; y la popular: *cojollo*, *participasle*, *decislo*, *suescelencia*.

Metaplasmos

Por ser características del habla vulgar, las alteraciones fonéticas que llamamos *metaplasmos* también aparecen en los textos que imitan el habla de los negros curros. Por adición de sonidos, podemos destacar la prótesis: *dir*, *dentré* (CV), *entovía* (por *todavía*) (Be); y la paragoge en el arcaísmo *asina* (CV). Por supresión –aparte de la pérdida de fonemas implosivos y explosivos ya expuesta–, tenemos la aféresis: *ño* (por *señor*) (CV), *e* (por *de*) (Oc), *Tanislao* (por *Estanislao*), *ecirlo* (por *decirlo*) (Be); la síncope: *endiví[du]os* (CV), *ento[da]vía*, *presi[di]ario* (Be); y la apócope: *pa[ra]*, *mu[y]*, *quie[re]* (CV), *pue[de]* (Be), *na[da]* (No). También se atestiguan algunos casos de metátesis como *probe* (CV) y *naidie* (Oc). Por último, es muy común en el habla del curro Malanga (CV) la contracción de palabras contiguas: *quel*, *mestá*, *misamigos*, *poleya* (por *ella*), *quer* (que *el*), *mescapé*; este fenómeno está muy presente también cuando Villaverde imita el habla bozal: *lamo* (el *amo*), *Labana*, *lotra*, *pacá*.

Cambios en el vocalismo

El cambio de timbre vocálico, muy extendido entre los hablantes de escasa instrucción académica, también se halla ocasionalmente entre los vulgarismos del habla de los negros curros que reproducen los autores estudiados. A excepción de la forma *semos* (Be), todos los demás ejemplos presentan el cambio en vocales átonas: *dispué*, *endivíos* (por *individuos*) (CV), *disile* (por *decirle*), *cai* (por *cae*) (Oc). Prueba de la consideración negativa de este fenómeno es su abundancia tanto en el habla bozal (*vinían*, *dilante*, *Ginoveve*, *bunite*) como en la popular (*endinos* –por *indignos*–, *dormió*, *fechuría*, *recebir*) que Cirilo Villaverde imita en su novela.

En cuanto a los diptongos, lo más peculiar en el habla curra –como se verá en el siguiente apartado–, es la aparición de nuevas secuencias de pares de vocales unidas en una sola sílaba como consecuencia de la vocalización de -r: *peidoná*; de -l: *vueive*; o de –más raro– d-: *paire*.

Otras desviaciones fonéticas esporádicas son la simplificación de diptongos: *anque* (CV), *ve[i]nte* (Oc); o el surgimiento de uno nuevo a partir de la diptongación de la vocal tónica: *dijiesen* (No). Los hiatos, por su parte, son susceptibles de convertirse en diptongos: *pelial* (por *pelear*), *entuvía*¹⁴ (CV).

c) Vulgarismos particulares

Además de la desaparición y la neutralización ya indicadas, la tercera solución al debilitamiento de -r y -l implosivas es su vocalización como i, resultado que sobresale en el habla de los negros curros como rasgo principal que la peculiariza. De hecho, Cirilo Villaverde no recoge ningún caso de este fenómeno en las hablas bozal y rústica que también imita en su novela *Cecilia Valdés*. Se trata de un fenómeno articulatorio estigmatizado que, aunque López Morales (2018 [1966]: 146) y Lipski (1994: 257) lo consideren en franco retroceso (“casi inexistente”) en el s. XX y más propio del siglo XIX, todavía hoy se da en las Antillas.

Los cuatro autores estudiados en este trabajo presentan ejemplos de vocalización de -r y -l en el habla de los negros curros que imitan en sus obras. A excepción del texto de Ocio donde se igualan las vocalizaciones en ambas consonantes, en el resto predominan las de -r: *querei, cueipo, peidoná, paite, saiga* (CV); *Manglai, caisel, echai, sueito, feita* (Be); *heimana, aiboroto, ocuito, púipura, aiborotaise* (Oc); *faitaba, poiue, acuédite, confoimo, vueita* (No). Sin embargo, estas no son las únicas vocalizaciones, pues encuentro las siguientes en Villaverde: *paire* y *maire* (por *padre* y *madre*); en Ocio: *pairino* (por *padrino*), *aseito* (por *acepto*), *conseito* (por *concepto*), *aimiró* (por *admiró*); y en Betancourt: *mai* (por *más*). Como se puede comprobar, el fenómeno afecta en esta ocasión tanto a consonantes implosivas como agrupadas.

2.2. Nivel morfosintáctico

En este plano, lo más destacable es el uso coloquial-familiar de diminutivos que aparece en tres de los textos analizados: *de mañanita, blanquito, lo mismito* (CV); *ahoritica, pobrecito, niñoito* (Be); *nadita, naitica*¹⁵, *josiquito* (No).

Un rasgo dialectal propio del español caribeño –aunque no exclusivo; se da también en el andaluz occidental por influencia portuguesa– es la forma *más nada* que Ocio pone en boca del negro Cicutá. Esta anteposición de *más* a palabras negativas como *nunca, nada* o *nadie* la recoge Lipski (1994: 259) como rasgo de la variedad diatópica cubana.

En cuanto a los vulgarismos, a excepción de los que se indican, el único que los recoge y en muy contadas ocasiones es Cirilo Villaverde:

- Algunos errores de concordancia debidos a la elisión del morfema de plural -s: *No están rompía, lo Sitios; rompé china[s]* (Oc).
- Algunas desviaciones debidas a analogía con otras formas, irregularidad que López-Morales (1992: 146-147) señala como característica de los sociolectos bajos y medios de todos los dialectos antillanos: *rompía, haiga*.
- Cambio de orden de los pronombres personales: *me se quedó, me se subió*.
- Uso de la 3ª persona por la 1ª: *Yo no ha oído*.

- Cambio del régimen preposicional: *anda en cabayo*. López-Morales (1992: 165-167) atribuye este cambio de la preposición *a* por *en* a la posible influencia del inglés en el español caribeño, sobre todo, en el de Puerto Rico; pero no sería el caso del mismo ejemplo en el habla de los negros curros.
- Uso del partitivo: *le di de plumaso* (Oc).

2.3. Nivel léxico-semántico

Junto con la pronunciación, el nivel lingüístico que mejor caracteriza al habla curra es su jerga particular que, por pertenecer a un grupo marginal de delincuentes, llamamos *germanía*. Para desentrañar el significado de las palabras y expresiones de esta germanía, me valgo, principalmente, de la inestimable ayuda del polígrafo cubano Fernando Ortiz quien, en su obra *Los negros curros*, recoge un gran número de ellas y las explica por medio de notas y de un glosario (1993 [1926, 1927, 1928]: 90-97). Serán estas 64 lexías, más otras tres no recogidas por Ortiz pero extraídas de los textos (*subirse el aceite a la chola* ‘emborracharse’, *romper chinas* ‘picar piedras como presidiario’, *mamar cárcel* ‘sufrir prisión’), las que utilice para el estudio del nivel léxico-semántico. Sirvan de breve muestra los siguientes ejemplos: *mejengue* –‘dinero’–, *virar el cangrejo* –‘matar’–, *piche* –‘miedo’–, *salir de rengue liso* –‘salir de la tienda sin pagar’–, *mamar cárcel* (CV); *plumazo* –‘puñalada’–, *la jura* –‘la policía’–, *la pica* –‘pelea con arma blanca’–, *ajumar el pe[s]ca[d]jo* –‘entrar en cólera’–, *romper chinas* (Oc); *cheche* –‘perdonavidas, valentón, curro’–, *buitrera* –‘cárcel’–, *perico* –‘sobresaliente en algo’– (Be).

El conjunto de términos curros acusa –como es de esperar– las desviaciones fonéticas que he analizado anteriormente. Así, por ejemplo, encontramos vocalización de -r en *puípura* (‘sangre’), aspiración de h en *jierro* o *ajumar*, seseo en *safarse* (‘escaparse, librarse, huir’) o *plumaso*, y pérdida de -d- intervocálica en *tajá* o *pescao*.

En lo que respecta a su origen, el léxico curro se compone de algunas voces jergales pertenecientes a la germanía general, coloquialismos, americanismos, afronegrismos y, finalmente, lexías exclusivas de su jerga. De las voces que Fernando Ortiz reproduce en su vocabulario curro, únicamente dos aparecen en el glosario germanesco de Juan Hidalgo (1779): el verbo *apencarse* (‘humillarse’) –que asocia a *penca* (‘azote de verdugo’) y *pencazos* (‘azotes’)–, y el sustantivo *jura* –que presenta como desviación de *gura* (‘justicia’) / *guro* (‘alguacil’). Por su parte, Rafael Salillas (1896) recoge también solo dos: la mencionada *gura* y *zafarse*. Hay dos vocablos a los que Ortiz relaciona con otros tantos aparecidos en esta última obra: *trenes* (‘enredos, peligros, disgustos’) que vincula a *trena* (‘cárcel’) y *fajar* (‘embestir, reñir, pelear con otro’) que conecta con *fajas* (‘azotes’). A estas cinco palabras (*apencarse*, *jura*, *zafarse*, *trenes* y *fajar*) que Ortiz relaciona con otras clásicas germanescas por derivación o desviación fonética o semántica, podemos añadir otras cinco que, junto a ellas, Hernández y Sanz incluyen en su *Diccionario de Germanía* (2002): *chola* (‘cabeza’), *cortadura* (‘herida de arma blanca’, si la vinculamos con el verbo *cortar* ‘acuchillar’), *jierro* (‘puñal o cuchillo, arma blanca’ / ‘conjunto de armas’ según aparece definido en este diccionario), *mojada* (‘herida de arma blanca’) y *tajás* < *tajadas* (si, en vez de ‘comida’, se refiere a bebida con el significado de ‘borrachera’). Así pues, de las 67 lexías aquí analizadas, tan solo 10 –y no

todas seguras— serían compartidas por el habla de los negros curros y la germanía clásica española, es decir, un 14,9 % de la jerga utilizada por aquellos.

Debido a las habituales interrelaciones entre los delincuentes y el pueblo llano y al recíproco enriquecimiento de los respectivos vocabularios, es arriesgado atribuir a los negros curros palabras y expresiones que también forman parte del acervo léxico popular de Cuba y/o de otros países hispanoamericanos de España. Ello hace difícil establecer si estamos ante coloquialismos o voces germanescas en algunas lexías aquí estudiadas como pertenecientes a la jerga curra. Es lo que ocurre con *ajumarse el pescao* (que aparece en el *Diccionario de americanismos –DA* en adelante— como coloquialismo portorriqueño y, sin la aspiración de la h, en el *Diccionario de la lengua española –DLE* en adelante— como coloquialismo sin marca diatópica con el significado de ‘sulfurarse, irritarse, enfurruñarse’), *buitrera* (que Ortiz registra con el mismo significado de ‘prisión’ en un texto del XVI), *bullarengue* (que recoge Pichardo como cubanismo ‘cualquier cosa fingida’ y que el *DLE* define como ‘prenda que usaron las mujeres para dar a las nalgas apariencia voluminosa’), *[a la] campana* (‘algo que está y marcha muy bien, como se desea’), *cachón* (‘joven’) —si se considera variante del caló *gachó*—, *escorarse* (‘ocultarse detrás de algo’), *gayola* (‘prisión’), *jalarse* (con aspiración de h) y *zumbarse* (‘embriagarse’), *manejar* (‘recibir dinero’), *quimbo* (‘machete’), *zalagarda* (‘alboroto repentino de gente ruin para espantar a quienes están descuidados’ y ‘pendencia, regularmente fingida, de palos y cuchilladas, en que hay mucha bulla, voces y estruendo’ según el *DLE*). Entre los coloquialismos, se incluirían una serie de voces marineras como *matalotaje* (‘bártulos’), *fletear* (‘alejarse, ir’; para Pichardo *fletarse*), *escorarse* y *zafacoca* (‘riña, pelea, enredo, escándalo’).

Otras palabras son americanismos o indigenismos antillanos que adquieren un significado distinto en esta jerga: *yagua* ‘cierto tejido natural’ en las Antillas, pasa a denotar ‘coger miedo, huir’ en la expresión curra *coger yagua*, muy parecida a *coger piche* con el mismo significado; *cuaba* ‘un árbol’ equivale a ‘tramposo, mal pagador’ entre los negros, según Pichardo; *apolismar*, de ‘magullar la fruta’ cambia su significado a ‘magullar a una persona a golpes’.

Con el mismo significado que le da Fernando Ortiz en su estudio, el *DA* recoge 17 lexías; de ellas, presenta 9 como dialectalismos de otros países hispanoamericanos (*ajumarse el pescao*, *apolismar*, *cabuya* (‘soga’), *escorarse*, *jura*, *quimbo*, *trucar(se)*, *zafacoca* y *zalagarda*), 5 que comparte la variedad cubana con otras de países hermanos (*bilongo*, *cheche*, *fajarse*, *fletar(se)* y *jalarse*) y 3 como exclusivamente cubanos (*apencarse*, *bullarengue* y *butuba*). Por su parte, Cárdenas, Tristán y Werner (2000) señalan que, en la actualidad, 32 (47,7 %) de estas voces curras continúan usándose en la isla caribeña. Sin embargo, en solo 14 casos, coinciden los significados y en 3 más (*campana*, *fajar* y *tajada*) se pueden establecer semejanzas semánticas. De esos 17 términos (25,3 %), la mayoría (14) llevan la marca de “coloquialismo”: *apencarse*, *apolismar*, *bilongo*, *butuba*, *campana*, *cheche*, *fletar* (en vez de *fletear*), *harina*, *hierro*, *jelengue* (que no tiene entrada propia, pero que aparece como sinónimo de *moña* ‘discusión acalorada’), *mamar*, *piche* (obsoleto), *quimbo* y *zafarse*. El sustantivo *tajada* lo registran como componente de lexías complejas también coloquiales. Solo *cabuya* y *fajar* no tienen indicación diafásica alguna.

Afronegrismos ciertos o supuestos son *butuba* ('comida'), *conga* ('botella de vino'), *cheche* y *chévere* (ambos con el significado de 'perdonavidas, valentón, curro'), *quimbo*, *bilongo* ('hechizo').

Por último, restarían las palabras o expresiones exclusivas de los curros, la mayoría de las cuales son comunes, pero con una acepción distinta en el habla de estos negros: *arremangarse* ('desafiar a otro'), *bien me sabe* ('dinero'), *curricán* ('cerrojo'), *negrita* ('botella'), *pelar el hierro* ('desenvainar el arma'), *el sin arruga* ('cuchillo'), *trabar* ('apoderarse de algo'), etc.

Como cabría esperar –por tratarse del mismo mundo marginal y designar idénticas actividades de naturaleza delictiva–, los campos semánticos y asociativos de estas voces coinciden con los de cualquier otra germanía. De las 67 expresiones analizadas, la mayoría de ellas –23 (34'3 %)– aluden a actitudes o acciones propias de los curros y a sus consecuencias (heridas, lesiones, muerte): *apencarse*, *apolismar*, *arremangarse*, *claraboya* ('ronda de vigilancia'), *cortadura*, *cuartearse* ('plantarse provocativamente ante el enemigo'), *echar fresco* ('matar'), *estar siempre en el palo* ('estar dispuesto a reñir'), *fajar*, *jelengue* ('reyerta'), *manejar*, *meque* ('golpe'), *mojada*, *pelar el hierro*, *zafacoca*, *trabar*, *bilongo*, *virar un cangrejo*, *zalagarda*, *pica*, *plumazo*, *puípara*, *quemar* ('herir con arma'). A gran distancia (9 unidades: 13'4 %), nos encontramos con palabras que el curro utiliza para designar o calificar a personas: *cachón*, *cuaba*, *cheche*, *chévere*, *rongabalarío* ('valiente, desalmado, matón') y el acortamiento de esta última palabra *rongo*, *moquenque* ('de superior condición'), *perico*, *rezongona* ('melindrosa').

A continuación (7 unidades, 10'4 %), tenemos un campo asociativo relacionado con el primero y que se refiere a instrumentos utilizados por estos delincuentes como el cuchillo (*jierro*, *macabeo*, *sin arrugas*), el machete (*quimbo*) u otros como *cabuya*, *curricán* y *matalotaje*. Con el mismo número de voces cuenta el grupo que hace mención a comidas: *butuba*, *tajás* y bebidas: *jalarse*, *zumbarse*, *subirse el aceite a la chola* ('emborracharse') y *conga* y *negrita* ('botella').

Los tres grupos semánticos que siguen están compuestos por 6 unidades, por lo que le corresponde a cada uno el porcentaje del 8'9 % sobre el total de términos. Se refieren a:

- La acción de la justicia: la cárcel (*buitrera*, *cuchufli*, *gayola*), el castigo (*mamar cárcel*, *romper chinas*) o el agente de policía (*jura*).
- Estrategias de disimulo o huida: *bullarengue*, *escorarse*, *fletear*, *rengue liso*, *zafarse*, *trucar* ('huir').
- Impresiones del ánimo como el miedo: *coger yagua*, *piche* o *güica*; la tristeza: *magua* (< portugués *magoa*; para Pichardo, 'chasco, humillación por la esperanza fallida'); la cólera: *ajumar el pescao*, o el disgusto: *trenes*.

Finalmente, nos encontramos con 3 voces (4'4 %) que hacen alusión al dinero: *bien me sabe*, *harina*, *mejengue*; y una lexía compleja (1'4 %): *a la campana*, con el significado de 'algo que está y marcha muy bien, como se desea'.

Por todo lo expuesto, se puede afirmar que estamos ante una germanía que, si bien comparte con otras anteriores o contemporáneas unas pocas formas léxicas, así como estrategias de formación de neologismos, es plenamente original y, junto con la vestimenta, las acciones y las actitudes, supone un elemento caracterizador esencial de este grupo humano que la crea y la usa.

3. Habla curra y hablas andaluzas

El habla de los negros curros es una variedad diastrática y diafásica del español cubano que, por tratarse de una variedad diatópica que estuvo en continuo contacto con la que se hablaba en el sur peninsular, comparte con las hablas andaluzas –sobre todo, la sevillana capitalina– rasgos de la norma culta: el seseo, el yeísmo, la pérdida de consonantes implosivas; y otros socialmente estigmatizados –no exclusivos del español meridional– como la neutralización de -r y -l, la aspiración de h-, la pérdida de -d- intervocálica, así como los metaplasmos y algunos de los rasgos morfosintácticos arriba indicados.

¿Estas coincidencias son prueba del mítico origen andaluz de los negros curros o solo las que cabe esperar entre dos dialectos del español íntimamente relacionados? Me inclino por la segunda opción. De hecho, si los autores que los usaron como personajes en sus obras hubieran querido resaltar los rasgos andaluces en el habla de los negros curros, habrían caído en los mismos tópicos articulatorios con los que se representaba a los auténticos andaluces en los espectáculos teatrales en La Habana. Como demuestra Ortiz Nuevo (2002) a partir de multitud de datos extraídos de periódicos habaneros de la primera mitad del siglo XIX, era muy popular la presencia en los escenarios de la capital cubana de artistas que cantaban, bailaban o representaban (con su habla peculiar estereotipada) cantes, bailes y escenas tópicamente andaluzas. Era una moda bastante extendida; hasta el punto de que afirma Ortiz Nuevo que músicos y poetas cubanos componían según la norma andaluza (2002: 255). De aquella habla andaluzada se servían los periodistas para ilustrar sus crónicas reproduciendo en ellas fragmentos que se cantaban o declamaban en las tablas. Si comparamos esa variedad lingüística con la de los negros curros que recreaban los escritores, comprobamos que hay un rasgo muy significativo en la primera que no se encuentra en la segunda: el ceceo¹⁶; y otro muy presente en aquella habla y casi ausente en esta: la aféresis de la d-¹⁷, que solo cuenta con dos ejemplos curros: *e* (por *de*) (Oc), *ecirlo* (por *decirlo*) (Be). Si a estos datos de pronunciación, se suman la mayor inclinación a favor de la -l en la neutralización con la -r y la vocalización de estas mismas consonantes en posición implosiva, además del léxico germanesco –donde se puede destacar la presencia de americanismos, afronegrismos y términos pertenecientes al vocabulario marinerol–, tendremos como resultado las peculiaridades que distinguen el habla de los negros curros del andaluz rústico y tópico.

Como suele ocurrir en los demás casos de variedades del español, es el conjunto de rasgos diatópicos, diastráticos y diafásicos el que permite singularizar el habla de estos negros que, si bien compartía muchos con el andaluz vulgar, también se diferenciaba claramente de este.

4. Habla curra y habla bozal

Por vinculación étnica y por supuestos lazos culturales, sociales y familiares entre negros curros y bozales, cabría esperar un mayor número de rasgos lingüísticos compartidos por sus respectivas hablas. Sin embargo, las coincidencias se reducen a las variantes fonético-fonológicas que ambas hablas comparten –aunque en un grado mayor la bozal– y al uso de algunos afronegrismos. Esto se explica por una razón principal: el curro, aunque de extracción social baja, es un criollo libre que tiene como lengua materna la misma que sus conciudadanos blancos; el bozal, sin embargo, es un extranjero incorporado como esclavo a una sociedad que le obliga a hablar en una lengua totalmente distinta a la que adquirió como materna en su África natal. El bozal es un aprendiz que se encuentra en un proceso de adquisición del idioma que los negros curros tienen como propio.

Todos los usos anómalos del lenguaje curro que reflejan los textos aquí analizados se deben a la marginalidad de sus hablantes, que carecieron de una instrucción académica que los corrigiese como explica Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés* (2008: 411-412) al referirse a la nula escolarización del negro Malanga, curro que, a pesar de contar con escuelas casi gratuitas regentadas por maestros afrodescendientes, siempre prefirió la enseñanza que la calle le proporcionaba. Aunque con algunas excepciones, los errores curros son los mismos que se pueden encontrar en cualquier hablante vulgar del español cubano de la época como lo corroboran los fragmentos de habla rústica que se hallan en la novela de Villaverde. A esos usos anómalos, se les suman el léxico germanesco propio y ese “tonillo peculiar” que desconocemos por no estar registrado y al que alude el mismo Villaverde (2008: 414). La manera curra de hablar, para Fernando Ortiz (1993: 87-90), formaba parte del afán pomposo y exhibicionista de aquellos negros como un elemento caracterizador más que se añadía a sus actitudes, acciones y vestimenta, y que les servían para distinguirse tanto de los negros ladinos o bozales como de los blancos en general.

Aparte de la pobreza de vocabulario en el habla bozal y su muy superior número de deformaciones de las palabras debido al desconocimiento de la lengua dominante, es en el nivel morfosintáctico donde se hallan las mayores diferencias entre la bozal y la curra. El uso de la morfología del español en la primera, así como su modo de construir las oraciones, son los propios de la etapa básica de un aprendiz en su proceso de adquisición de una segunda lengua. Las contravenciones que el curro comete en este aspecto y que he enumerado más arriba son, sin embargo, las mismas que se pueden hallar en la variante vulgar de cualquier hispanohablante, sobre todo, cubano.

5. Conclusiones

Del análisis realizado, se concluye que el habla de los negros curros que recrean los escritores en las obras indicadas es una germanía en la que confluyen rasgos diatópicos del español cubano y diastráticos de su variedad vulgar. Es cierto que, debido a los vínculos y las semejanzas entre las variedades meridionales del español (andaluz, canario y español de América) y a la posible emulación del tipo cómico andaluz tan popular en los teatros habaneros de principios del XIX, el habla de los negros curros coincide en muchos aspectos con el andaluz –tanto el aceptado socialmente como el estigmatizado–, pero hay también otros que distinguen una modalidad de la otra. Ejemplos de esto último extraídos del análisis fonético-fonológico son: las diferentes soluciones a la

neutralización de -r y -l: rotacismo preferentemente en el andaluz frente a la preeminencia cubana de la lateralización o lambdacismo y de la vocalización —esta última prácticamente desconocida en el andaluz y muy definidora del habla curra—; el ceceo que identificaba al andaluz estereotipado de los espectáculos no aparece jamás en las intervenciones literarias de los negros curros y apenas la aféresis de la d- tan característica de aquel andaluz bufo.

Por otra parte, y en comparación con al habla bozal con la que comparte algunas variantes de la norma estándar, la de los negros curros se distingue de aquella principalmente en que es una variedad diafásica del español, lengua que los curros tenían como materna, mientras que la modalidad bozal es un español en el que se reflejan, sobre todo, los errores achacables a los aprendices de español como segunda lengua.

Se trata, pues, de una jerga de delincuentes (variedad diafásica), con características dialectales del español de Cuba (variedad diatópica) y vulgares debidas a la nula instrucción de unos hablantes que ocupaban los estratos sociales más bajos (variedad diastrática). Es ese conglomerado de vulgarismos, dialectalismos, vocabulario de germanía y entonación característica lo que singularizaba al habla de los negros curros que algunos autores costumbristas cubanos recogieron en sus escritos.

Referencias bibliográficas

Bello, Andrés. 1859 [1835]. *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvd8w5>

Betancourt, José Victoriano. 1848. Los curros del Manglar. *El Artista*, T. I, 21, La Habana.
<https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/costumbristas-cubanos-del-siglo-xix--2/html/>

Bravo, Eva; Roperó, Miguel. 2002. El habla de Andalucía y el español de América. El español hablado en Cuba. En J. R. Navarro García, coord., *Cuba y Andalucía entre las dos orillas*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp. 183-212.

Cano, Rafael, coord. 2004. *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel.

Cárdenas, Gisela; Tristán, Antonia M. y Werner, Reinhold. 2000. *Diccionario del español de Cuba. Español de Cuba – español de España*. Madrid: Gredos.

Frago, Juan Antonio. 2010. *El español de América en la independencia*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones.

García-Abásolo, Antonio. 2002. Andaluces de Cuba (siglos XVI a XVIII). En J. R. Navarro García, coord. *Cuba y Andalucía entre las dos orillas*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp. 55-151.
<https://www.uco.es/aaf/garcia-abasolo/files/5f53fde121bd.pdf>

Gorrín, José Teófilo. 2018. *Los curros de Sevilla a La Habana. Curros y Abakuá en el preludio colonial dieciochesco*. Madrid: Autores Editores.

Hernández, César; Sanz, Beatriz. 2002. *Diccionario de germanía*. Madrid: Gredos.

Hidalgo, Juan. 1779. *Romances de germanía de varios autores con el vocabulario por la orden del a.b.c. para declaración de sus términos y lengua*.

<https://www.bvfe.es>

Lapesa, Rafael. 1968 [1942]. *Historia de la lengua española*. Madrid: Escelicer.

Lipski, John M. 1994. *El español de América*. Madrid: Cátedra.

López Morales, Humberto. 1992. *El español del Caribe*. Madrid: Mapfre.

López Morales, Humberto. 2018 [1970]. *Estudios sobre el español de Cuba*. Madrid: Verbum.

Lloyd, Paul M. 1993. *Del latín al español. Fonología y morfología históricas de la lengua española*. Madrid: Gredos.

Márquez, Rosario. 1993. La emigración española a América en la época del comercio libre (1765-1824): el caso andaluz. *Revista Complutense de Historia de América* 19: 233-247.

Marroquín, José Manuel. 1885 [1869]. *Tratados de ortología y ortografía de la lengua castellana*. Bogotá: Librería Americana.

<https://babel.banrepcultural.org>

Navarro García, Jesús Raúl, coord. 2002. *Cuba y Andalucía entre las dos orillas*. Sevilla: Consejería de Cultura y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Noreña, Carlos. 1881. *Los negros curros*.

<https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/costumbristas-cubanos-del-siglo-xix--2/html/>

Ortiz, Fernando. 1993 [1926, 1927, 1928]. *Los negros curros*. La Habana: Ciencias Sociales.

Ortiz Nuevo, José Luis. 2002. Huellas de lo andaluz en teatros y otros espacios públicos de La Habana en la primera mitad del siglo XIX. En J. R. Navarro García, coord. *Cuba y Andalucía entre las dos orillas*. Sevilla: Consejería de Cultura y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 229-260.

Pérez-Mallaína, Pablo E. 2012. La Maestranza de Artillería y las Atarazanas del Azogue en los siglos XVIII y XIX. *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae* 40: 507-542.

institucional.us.es/revistas/rasbl/40/art_31.pdf

Pichardo, Esteban. 1849. *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas*. La Habana: Imprenta de M. Soler.

<http://bdh.bne.es>

Real Academia Española. 1815. *Ortografía de la lengua castellana*. Madrid: Imprenta Real. 8ª ed.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española (DLE)*, 23.ª ed., [versión 23.5 en línea].

<https://dle.rae.es>

Real Academia Española. [en línea]. *Diccionario de americanismos (DA)*.

<https://www.asale.org/damer/>

Real Academia Española. Banco de datos (NTLLE) [en línea]. *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*

<https://www.rae.es/obras-academicas/diccionarios/nuevo-tesoro-lexicografico-0>

Real Academia Española. Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*.

<https://www.rae.es/banco-de-datos/corde>

Salillas, Rafael. 1896. *El delincuente español. El lenguaje*.

<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc3n222>

Santos Morillo, Antonio. 2014. Laísmo y leísmo en *Cecilia Valdés*. *Hesperia. Anuario de filología hispánica* XVII-I: 65-101.

Seco, Manuel. 1983. Lengua coloquial y literatura. *Boletín Informativo Fundación Juan March* 129: 3-22.

Seco, Manuel. 1993. Prólogo a *El amigo Melquiades* y *La señorita de Travélez* de Carlos Arniches. Madrid: Espasa Calpe, Col. Austral.

Villaverde, Cirilo. 1977 [1882]. *Cecilia Valdés*. La Habana: Arte y Literatura.

Villaverde, Cirilo. 2008 [1882]. *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. Madrid: Cátedra, ed. de Jean Lamore.

Notas

¹ Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación «Lengua, identidad y memoria a través de las cartas y la prensa de Andalucía y Cuba (siglo XIX)» (P20_01166), PAIDI 2020, Junta de Andalucía (Consejería de Transformación económica, Industria, Conocimiento y Universidades).

² En su artículo sobre la Maestranza de Artillería en los siglos XVIII y XIX, Pérez-Mallaína (2012: 515-516, 530, 532) corrobora estos datos y en ningún momento alude a obreros negros ni a su supuesta migración a Cuba.

³ Según Márquez:

presentarse como criado constituía un modo fácil de obtener licencia y en más de una ocasión, estos tenían relación de parentesco con la persona que los llevaba como servidores. A este grupo heterogéneo pertenecían las clases más bajas socialmente y su traslado a América era casi la única oportunidad de mejorar su situación. En muchos de los casos, una vez llegados al puerto de destino no ejercían como tal y en otros acababan independizándose de sus amos y trabajando por cuenta propia (1993: 243-244).

⁴ Como se verá más adelante, Villaverde, en su afán de acopio de rasgos articulatorios caracterizadores del habla de los negros curros, será el único que le atribuya a esta variedad algunos que nunca fueron exclusivos de ella: no solo el yeísmo, sino también la confusión consonántica entre -r y -l y entre b y v (!).

⁵ Menos casos aún halló de síncopa del fonema vibrante simple en posición explosiva: *pa[r]ese* y *mi[r]e* en CV; *quie[r]a* en Be –que coincide con el *quie[r]e* que CV atribuye a los bozales–; y *mi[r]a* en Oc. Solo puedo aportar un ejemplo en posición agrupada y en boca de un bozal: *f[r]ute* (CV).

⁶ Por su pronunciación seseante, incluyo aquí los casos de desaparición de -z.

⁷ Una excepción a este dictamen es la -d implosiva de *admirar* que Ocio vocaliza en el habla curra como i: *aimiró*.

⁸ También es Ocio quien presenta dos vocalizaciones de -p implosiva: *aseito* (por *acepto*) y *conceito* (por *concepto*).

⁹ A excepción de un ejemplo de Betancourt (*e[s]tube*) y otro de Ocio (*vívora*), Villaverde es el único que insiste en este rasgo.

¹⁰ Su diligencia en ceñirse a la más prestigiosa norma peninsular lo lleva a caer incluso en desviaciones gramaticales como el laísmo y el leísmo ajenas a su variedad diatópica. Cfr. Santos Morillo 2014.

¹¹ La misma RAE achacaba la confusión a la “negligencia o ignorancia de los maestros y preceptores” así como de los encargados de la educación doméstica que no corregían el vicio articulatorio como sí hacían “algunos castellanos cultos que procuran hablar con propiedad” (1815: 51-52).

¹² López-Morales (1992: 146-147) atribuye esta irregularidad a los sociolectos bajos y medios de todos los dialectos antillanos, pero la describe solo en formas verbales proparoxítonas: *íbanos*, *comíanos*; no en paroxítonas como en este caso.

¹³ Forma también usada por los bozales.

¹⁴ El proceso sería: síncopa de la d intervocálica (*ento[d]avía*), aparición del hiato (*entoavía*) y conversión del hiato en diptongo (*entuavía*) o bien simplificación (*entavía*) forma esta última también registrada en Be.

¹⁵ El morfema diminutivo *-ico* que aparece en esta palabra y en *ahoritica* es característico del español de Cuba así como de los de Colombia y Costa Rica cuando se adjunta a un lexema terminado en *t* o *d* (Lipski 1994: 258).

¹⁶ Algunos ejemplos del ceceo recogidos por los periodistas cubanos de la época: ¡¡¡Jezú!!! ¡Qué fea taz puezto! (Ortiz Nuevo 2002: 234), *La rezaláa* (Ortiz Nuevo 2002: 243), *Eza puñaláa* (Ortiz Nuevo 2002: 249), *zalaízima* (Ortiz Nuevo 2002: 254).

¹⁷ Sirvan estos casos también extraídos del artículo de Ortiz Nuevo: *que sea e día que sea e noche* (2002: 251), *que me jundo y me esatino* (2002: 251), *erramando zalero* (2002: 254), *hombre e la tierra e Dio* (2002: 255).